

EL SUSURRADOR

La voz acarició delicadamente las paredes cavernosas del oído medio de Carter y despertó todos sus sentidos. -Despierta, Carter.- Paul Carter abrió los ojos a la semipenumbra de la habitación y volvió a cerrarlos instintivamente. La voz susurró de nuevo en su oído, redoblando la suavidad de tono de un momento antes.

-Despierta, Carter, despierta.- Los párpados de Paul Carter se alzaron aún letárgicos y permitieron que sus ojos se clavaran, como cada mañana a esa hora, en el plafón del techo que pendía sobre su cama, una libre representación en formato lámpara del planeta Saturno, con anillos que hacían pensar en uno de esos móviles que gravitan sobre las cunas de los recién nacidos. Después del techo, poco a poco fue redescubriendo las paredes pintadas no hacía mucho, la ventana entreabierta tras la cortinilla, la puerta alta y haciendo arco, la silla plegable y frecuente receptáculo de la ropa que no le apetecía colgar debidamente en el armario y la estantería de mínima capacidad donde descansaban sus libros de cabecera.

Tiempo atrás, la primera figura de silueta difusa y soñolienta con la que se hubiera encontrado al despertarse habría sido la mesilla de noche, su superficie coronada por la lámpara poliédrica de luz anaranjada y por aquel otro objeto de ingrato recuerdo. Tan ingrato que ya ni siquiera recordaba cómo era, pues había olvidado sus formas y contornos con la facilidad con la que se olvidan los rostros que no vemos todos los días, aunque la estridencia de su timbre seguía estando viva en su memoria de sonidos almacenados.

Pensándolo detenidamente, hacía ya mucho tiempo que no alargaba el brazo con cetácicos movimientos hacia la mesilla de noche para acallar el zumbido de aquel objeto anacrónico. Pensándolo mejor, tal vez no hiciera realmente tanto tiempo que el susurrador había hecho acto de presencia en su vida. Como suele suceder con las cosas agradables de la vida, nos dan la sensación de haber estado siempre ahí, cuando en realidad lo más probable es que empezaran el otro día, dos semanas antes o tal vez hasta un año o dos atrás en el tiempo, pero de esos años que transcurren sin sentir y que nos hacen dudar si el calendario no nos estará mintiendo desde el lacónico rojo y negro de sus fechas. Pensándolo bien, parece que fue ayer cuando el susurrador llamó a la puerta de Paul Carter.

El susurrador, o quizá sería más apropiado decir la susurradora, puesto que era una voz femenina la que le despertaba con extrema

delicadeza por las mañanas y le anunciaba cada una de las llamadas que recibía en su portatéfono, entró en la vida de Paul Carter el primer lunes del mes de septiembre. El año no tiene mayor importancia. Su compañero de trabajo y antiguo compañero de estudios, Grosbard, que normalmente solía permanecer dentro de su coche escuchando la radio mientras esperaba a que Carter terminara de arreglarse, pues la casa de éste le quedaba de camino a la Escuela Superior, saltó aquel día del asiento con la euforia de un recién graduado y sorprendió a Carter con la mano en el tirador de la puerta. Lo que tenía que contarle no podía esperar ni cinco minutos.

- ¡Tienes que comprarte uno, Carter! ¡Tienes que comprarte uno cuanto antes!- Carter observó imperturbable la expresión de entusiasmo casi etílico del rostro de su compañero. Lanzó un vistazo superficial a la ropa y calzado de éste y le resultaron familiares, aunque Grosbard no era del tipo de personas que hace distinción entre la ropa de trabajo y la de tiempo libre, sino que las utilizaba alternativamente. A continuación, se fijó con mayor detalle en el deportivo aparcado junto al bordillo, adquirido el año anterior en el nuevo concesionario de la carretera de Winchester, y no le pareció que le hubieran sustituido las llantas de fábrica por otras nuevas ni que el color de su pintura metalizada hubiese variado. El sol se reflejó en el suelo y le hizo entornar los ojos mientras formulaba la pregunta.

- ¿Comprarme qué?- inquirió Carter con evidente falta de interés, la mirada entreabierta. Grosbard se mostró asombrado de que su amigo no supiera a qué se estaba refiriendo.

- Sí, hombre. Aquello de lo que te hablé. Un susurrador- Las cejas de Carter se enarcaron y su semblante adoptó una expresión de disgusto. Nunca había tenido en alto concepto la originalidad de Grosbard como comprador. ¿De dónde demonios habría sacado ahora esa nueva historia? Hizo ademán de haberse olvidado algo dentro de casa y volvió a entrar. Grosbard le siguió.

- ¿Te has olvidado el encendedor? ¡No importa, yo tengo en el coche!- Carter se encerró en el cuarto de baño. Se mojó la cara con agua y contempló su estropeada imagen en el espejo. 37 años ya. Y aparentando cinco más, por lo menos. ¿Cuánto tiempo más podría seguir aguantando las tonterías de Grosbard? En la universidad tenían cierta gracia, pero aquella era una época en la que no se tomaba casi nada en serio, y quizá por esa razón casi todo tendía a salirle bien. Sin embargo, ahora aquellas salidas de tono de Grosbard le molestaban hasta el punto de considerar la posibilidad de ir dejando de lado su amistad

gradualmente, como si se tratara de una evolución que sigue su curso natural y cuya autenticidad nadie se atrevería a poner en duda. Los nudillos de Grosbard golpetearon en la madera de la puerta del baño.

- ¿Todo bien ahí dentro? ¿No te sentó bien el café?- Carter respiró hondo y prolongado, y por segunda vez en la mañana se encontró con la cara sonriente de Grosbard al abrir una puerta. Tal vez estuviera siendo injusto con él. Decidió darle una oportunidad y escuchar lo que tuviera que decir.

- Falsa alarma. ¿Dijiste antes algo acerca de un susurrador?.

- En el fondo sé que aunque pongas mala cara, me escuchas.- Los ojos de Grosbard chispearon satisfechos. Carter echó las tres vueltas de llave de la puerta y ambos se encaminaron hacia el deportivo estacionado junto a la acera.

- No lo veo por ninguna parte. ¿Dónde lo tienes escondido? - Carter inspeccionó la antena del coche en busca de algún extraño dispositivo instalado en su interior. ¿Susurrador?, pensó. ¿Tal vez un sistema para captar mejor la señal de las emisoras de radio? Grosbard puso cara de saber algo que Carter no sabía, una expresión familiar en los días de estudiantes de ambos, cuando se presentaban a un examen sin haberlo preparado y Grosbard le informaba de los comodines que guardaba en los puños y bolsillos de su camisa.

- Está mucho más cerca de lo que tú crees, Paulie - Carter le miró con incredulidad y examinó el equipo de música estéreo del coche. No encontró nada de particular en él y pasó a inspeccionar la guantera, revolviendo entre las multas de aparcamiento sin pagar, las diversas fundas de gafas de sol y los mapas de carreteras cuarteados de tanto uso, sin ningún éxito. Grosbard parecía divertirse con el desconcierto de su compañero.

- Frío, frío...- La teatralidad con que Grosbard acostumbraba a orquestrar sus bromas empezaba a cansar a Carter. Estaba a punto de darse por vencido cuando le vino la imagen, sobresaliendo con grandes letras rotuladas en amarillo, del portatelfono. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Grosbard siempre lo llevaba encima, por eso no lo veía. Había cambiado de modelo. Seguro que era eso. Éste último debía poseer un timbre diferente, alguna cualidad que Grosbard debía haber encontrado fascinante y original, pero que en él seguramente no despertaría más que un limitado interés. Si conocía a Grosbard, y al menos eso creía, aquel era el secreto que tan celosamente custodiaba.

- A ver, ¿dónde guardas el nuevo portatelfono?- Grosbard le miró

sorprendido aunque, habituado a la rápida mente de Carter, no tanto extrañado. Sonrió divertido. Carter se convenció de haber descubierto su juego, también sonriente, aunque algo cansado de aquella broma tan alargada incluso para Grosbard.

- Acércate, Paul, y dime si se me ha metido algo en el oído. No te escucho bien.- Carter se inclinó sobre el oído izquierdo de Grosbard y miró dentro con cierta precaución.

- En ese no, en el otro- aclaró Grosbard, con amable impaciencia. Carter inspeccionó el oído derecho de su compañero y distinguió algo parecido a un auricular, aunque con una lucecita que parpadeaba en destellos verdes y entrecortados. Una "S" de esbelto trazo, imitación de letra epistolar, serpenteaba en torno a la luz intermitente y parecía evocar continuamente en los labios de Carter el nombre de aquella invención. SUSURRADOR. SUSURRADOR. SUSURRADOR. SUSURRADOR. Aquella especie de botón de luz parpadeante alojada en el interior del oído de Grosbard no parecía provocarle la mínima molestia. Es más, parecía haber estado siempre allí, emitiendo verdes destellos contra las paredes auditivas de su compañero. La seducción que obró sobre Carter la contemplación del susurrador de Grosbard desbancó cualquier otro precedente de encaprichamiento de un objeto por parte del primero, poco dado a tales emociones, y superó ampliamente las expectativas del segundo. Como posteriormente recordaría Grosbard con orgullo, aquello fue un flechazo, y él, Grosbard, había sido el cupido de la ocasión.

Durante todo el trayecto en coche, Grosbard pudo leer en el silencio y las pupilas dilatadas de Carter la excitación controlada, pero latente, de quien codicia poseer lo que todavía no es suyo. Los dos amigos no cruzaron palabra alguna cuando aparcaron frente a la Escuela Superior de Winchester y cada uno se dirigió a su clase correspondiente: Matemáticas, en el caso de Grosbard, y Literatura en el de Carter. El segundo, que debía explicar aquel día el pathos romántico y antibelicista de *La Roja Insignia del Valor*, no dejaba de ver parpadear en torno suyo la misteriosa luz verde que Grosbard lucía en el interior de su oído. Una hora transcurrió como si fuera un minuto, y los rostros de los alumnos del grupo A se difuminaron y transmutaron en los contornos de los del grupo B. Cuando sonó la campana liberadora, Carter abandonó el aula a toda prisa y fue a buscar a Grosbard a la cafetería. Lo encontró apoyado contra la barra, sonriendo como el gato de Cheshire de *Alicia en el País de Las Maravillas*.

-Llévame a dónde lo has comprado, Gros. Quiero un susurrador como el tuyo.- Grosbardapuró de un largo trago el refresco de gas que

sostenía en una mano y miró burlescamente a Carter.

-Ya te lo dije, Paul. Tienes que tener uno.

En línea recta, con un par de cambios de rasante entre medias, no se tardarán más de diez minutos en llegar a Kent's Chemicals, el polígono industrial de las afueras de Winchester. Carter condujo a tal velocidad que, en tan sólo cinco minutos, estaban frente a la entrada del complejo químico. El guardia de la garita les dejó pasar al reconocer la cara de Grosbard.

-Hace dos años que no me ponen una multa, Paul. A la vuelta conduciré yo.- Carter no dijo nada. Su enmudecimiento obedecía a un intento por camuflar la emoción que sabía que podía anegar cualquier palabra que pronunciase. Siguió a Grosbard como si fuera un autómatas a través de largos y estrechos pasillos, escaleras que conducían hasta ascensores y ascensores que se detenían al llegar a escaleras. Las fluorescentes luces cenitales no eran capaces de brillar con más convicción en su retina que la intermitente lucecita en forma de "S" que había visto resplandecer una sola vez. Sintió el brazo de Grosbard en su hombro y se vio de repente en mitad de una gran sala de visitas acristalada y ajardinada como un invernadero de oficina.

-Espera aquí un momento, Paul, voy a pedir que nos reciban.- Carter se acomodó en un mullido sillón de piel sintética y echó un vistazo a su alrededor. Aquel era un lugar francamente agradable, con plantas lozanas y bien cuidadas, una fuente artificial y un sistema de iluminación indirecta. No se veía a nadie más esperando a ser atendido en la sala, aunque sí que llegaban voces amortiguadas y un distante hilo musical desde el recodo por el que había desaparecido Grosbard. Carter, impaciente, se levantó de su asiento y anduvo hasta la fuente artificial. Se sirvió un vaso de agua, al que dio pequeños sorbos mientras miraba a través de la ventana. Al otro lado del edificio se vislumbraba un calco de la sala donde él se encontraba. Carter bebió otro sorbo de agua y repentinamente se le vino a la cabeza la imagen de su padre. Habían perdido el contacto hacía ya mucho tiempo, cuando Carter decidió estudiar Literatura, contrariando así los deseos de su padre de que se dedicara a la carrera judicial, como él mismo había hecho, y sin llegar a romperse del todo las relaciones entre ambos, éstas distaban mucho de ser cordiales. Por momentos, le pareció incluso ver reflejada su cara prematuramente envejecida en el cristal de la ventana. Mientras recordaba la última y agria conversación que había sostenido con su padre, Carter observó cómo en el cristal de la ventana la cara de aquel era sustituida por la de Grosbard.

-Paulie, nos toca ya.- Carter se volvió y acompañó a Grosbard hasta un mostrador de zinc. Tras él, una joven de sonrisa de anuncio publicitario, que no podría tener más de diecinueve o veinte años, abrió con movimientos de prestidigitadora una caja precintada y le hizo entrega de su contenido. La mirada de Carter se incendió de ansiedad.

-Aquí tiene, Sr.Carter. Este es su susurrador. Recuerde que el número de serie que se le adjudica es el 596. Repito: 596. Trate de memorizarlo por si tuviera alguna consulta técnica que hacernos.- Carter no parecía muy entusiasmado con el objeto que le acababan de entregar. En su mano, aquel artilugio que había encontrado tan fascinante en el oído de Grosbard no se diferenciaba de un vulgar y corriente botón negro. La "S" que tanto le había llamado la atención al principio no destacaba más que al tacto por su relieve, y la lucecita que aún parpadeaba en su recuerdo aquí estaba totalmente extinta.

-Debe de haber un error, señorita. Yo quiero un modelo como el de mi amigo. Quiero que tenga luz y un anagrama en forma de "S".- Carter se volvió hacia Grosbard. Este daba la impresión de contenerse, como si estuviera guardando un secreto. Era muy raro en él que se abstuviera de hacer cualquier comentario. La joven del mostrador llamó su atención y comenzó a hacerle participe de una serie de datos que evidentemente repetía de memoria.

-Sr.Carter, ¿me permite un momento Gracias. Nuestra compañía sólo fabrica un único modelo de susurrador. Lo que cambia es exclusivamente el número de serie de cada unidad. Por ejemplo, el del Sr.Grosbard es el nº 590, y el suyo el nº 596. Por lo demás, son idénticos.

-Pero, ¿y la luz verde y la "S" brillante?-, inquirió Carter, encogiéndose de hombros.

-Sr. Carter, si deja que termine mi explicación, le indicaré los pasos a seguir para la instalación de su susurrador, ¿de acuerdo? - Carter asintió, aunque no muy convencido.

-Para empezar, respire profunda y relajadamente. Un par de veces es suficiente. A continuación, cierre los ojos y trate de no pensar en nada en concreto, o, si esto le resulta difícil, manténgalos abiertos y concéntrese en un punto cualquiera de la habitación. Bien. Ahora coja el susurrador con la mano derecha e introdúzcalo en su oído como haría con un auricular. No lo apriete ni se preocupe porque pueda caérsele. El susurrador está específicamente diseñado para adaptarse a las paredes de su oído. Perfecto, Sr. Carter. Ahora lleve de nuevo la mano hasta el aparato, y en su parte central notará una "S" en relieve. Es la "S" de la que me hablaba hace un momento, ¿recuerda? - Carter, que seguía a pies

juntillas cada paso que la joven le iba indicando, afirmó con la cabeza.- Espléndido. Entonces imagínese esa "S" atravesando de norte a sur el susurrador. Una gran y majestuosa "S" serpenteando de arriba abajo. ¿La visualiza ya, Sr. Carter? Perfecto. Ahora recorra con el dedo índice el trazo en relieve de la "S" en dirección descendente. Es suficiente con que lo haga una sola vez. Eso es, Sr. Carter. Tengo que decirle que su susurrador ha quedado instalado satisfactoriamente. Esperamos que disfrute de sus prestaciones durante mucho tiempo.

Carter no escuchó las últimas palabras de Jill, como rezaba el nombre que figuraba en la tarjeta de identificación de la joven del mostrador. La página en blanco en la que había logrado transformar su mente durante unos instantes se pobló de inmediato de un millar de imágenes que tomaron por asalto sus sentidos. Recordó tan detallada y nítidamente como si hubiera ocurrido el día anterior su primera caída en bicicleta bajando por la cuesta de Aisley Drive, cada pregunta del primer y único examen de Geografía que había suspendido en toda su vida escolar, la voz áspera y cascada de su abuelo paterno enseñándole a manejar el volante con nueve o diez años, la agria discusión que mantuvo con su padre el día que éste decidió no seguirle pagando los estudios. Los recuerdos eran tan vívidos, las imágenes tan claras, que Carter no se atrevió a abrir los ojos, por miedo a que se desintegraran. La sensación no duró más de cinco minutos reales, aunque por la mente de Carter pasó toda una vida en detalle. Finalmente, tal y como había aparecido, el remolino de imágenes se volvió a esfumar, dejando la mente de Carter en el riguroso blanco donde se había anclado momentos antes. Por sus ojos empezaron a filtrarse ráfagas de luz hasta encontrarse frente a la expresión afable de su amigo Grosbard. La señorita Jill, detrás del mostrador, continuaba atendiendo la centralita del teléfono con su incansable sonrisa. Carter se palpó el oído, miró a Grosbard y le hizo a éste una seña para que le esperase. Siguió la indicación de "Servicios" a lo largo de un pasillo corto y excesivamente alumbrado y empujó las puertas giratorias. Ya frente al espejo, se volvió de perfil y admiró su imagen reflejada allí. El corazón le palpitó a gran velocidad al identificar la esbelta "S" caligráfica dibujando un meandro iluminado por una parpadeante luz verde. Se volvió de frente y se mojó la cara con agua. Mientras se secaba las manos en el secador automático, un susurro en el interior de su oído le anunció que estaba a punto de recibir una llamada en el portatéfono. Carter respondió vacilante, todavía confundido por las sensaciones que acababa de experimentar.

-¿Diga...?- Reconoció la voz al instante, un poco desgastada por el tabaco y el paso de los años. Carter apenas podía creerlo. Estaba hablando con su padre.